

14. Lo opuesto a la ansiedad: la paz, una guerra por afirmar de nuevo la verdad

por Luigi Giussani*

El hombre cristiano –*homo viator*, el hombre caminante, según la estupenda expresión de la cristiandad medieval– es consciente de que la vida es un camino, un caminar hacia nuestra meta, y sabe que la solución total está en el fondo de todos los problemas y que es obra de Dios, no nuestra. Nosotros somos incapaces de satisfacer la sed inextinguible de nuestro destino y nuestra meta, y únicamente el poder de Dios puede completarnos. Pero lo que caracteriza en cada instante a la grandeza del cristiano, lo que caracteriza en cada instante a la invitación que nos dirige la Iglesia y, con ello, lo que da la medida de nuestro ser cristiano, es la búsqueda de una plenitud cada vez mayor, la búsqueda de lo mejor en la medida de lo posible. Por lo tanto se trata de un compromiso sin límites y sin tregua.

Recordemos la parábola que contó Jesús en la que se comparan dos actitudes morales: la del fariseo y la del publicano. Como sabemos, los fariseos se consideraban los fieles guardianes de las leyes divinas, mientras que los publicanos, que recaudaban los impuestos por cuenta del Imperio romano, eran considerados públicamente como pecadores. Es Lucas quien nos relata la conocida narración de Jesús: «Dos hombres subieron al templo a orar, uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, erguido en pie, oraba así en su interior: ‘¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano [...]’. El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ‘¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador’»¹. Y Jesús condena la actitud moral del fariseo. ¿Por qué? Porque está contento de sí mismo, rehúye y reniega de la tensión en su vida, mientras que el publicano, en el fondo, expresa esa tensión bajo su forma más elemental, que es el malestar dolorido por uno mismo. En esta tensión se encierra la concepción moral que la Iglesia propone al hombre. Y no hay nada más contrario a esto que la figura del que se aquieta satisfecho de sí mismo o pone su esperanza en una posible felicidad contingente.

Hay un signo que experimenta el hombre cristiano, de esta búsqueda continua de la verdad de sí mismo y, en consecuencia, de la verdad del mundo. Jesús lo indicó mediante la palabra «paz». Uno de los comentarios más bellos de este aspecto de la antropología cristiana es la oración que reza el sacerdote durante la misa, después de que la asamblea termine de decir el Padrenuestro: «Líbranos, Señor, de todos los males, y concédenos la paz en nuestros días para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de »

* Del libro de L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 227-229.

» toda perturbación, mientras esperamos la venida gloriosa de nuestro salvador Jesucristo». Todos los elementos que componen la tensión moral están contenidos aquí: el reconocimiento de la dependencia de Dios que me ha creado, en cuyas manos estoy sin temor, la afirmación de que la consistencia de la vida radica en ese Otro y que, por ello, la esperanza de alcanzar el destino está en Otro, la necesidad de vivir a la espera y, por consiguiente en búsqueda, recorriendo un camino en el que siempre hay un vacío por colmar.

De ahí que la tensión por afirmar lo real según la mirada de Cristo sea el fundamento de la paz. Esta no puede tener duración si no nos apoyamos en la consistencia última de la realidad, es decir, en el Misterio que hace las cosas, en Dios, en el Padre.

Sin este contexto último la paz es fragilísima y se deteriora convirtiéndose en ansiedad. El esfuerzo de ser fiel para seguir lo verdadero es muy distinto: es lucha, que no es algo contrario a la paz; puede significar un dolor o un grave peso, pero no es ansiedad. La ansiedad es una mentira que brota continuamente y anida en nosotros para impedir la adhesión a lo que se ha alzado dentro de nuestra conciencia como algo verdadero. La paz es una guerra, una guerra con nosotros mismos.

¹ Lc 18,10-11.13.